



60



Gabriela Keselman  
**SI TIENES  
UN PAPÁ MAGO...**

LOS AMIGOS DE CHIQUI ESTÁN DENTRIGADÍSIMOS. ¿QUÉ LE DIRÁ SU PADRE TODAS LAS MAÑANAS ANTES DE IR AL COLEGIO? UNAS PALABRAS MÁGICAS... PORQUE SU PADRE ES MAGO, ¡SEGURO!

GABRIELA KESELMAN NACIÓ EN BUENOS AIRES (ARGENTINA) Y TRABAJÓ MUCHO TIEMPO COMO PERIODISTA. EDICIONES SM HA PUBLICADO TAMBIÉN SUS LIBROS NADIE QUIERE JUGAR CONMIGO Y YO, PRIMERO.

PRIMEROS LECTORES

7 0 9 6 9

1298 070-99-344-4441-4



9 788434 846616

EL BARCO DE VAPOR



Gabriela Keselman  
**Si tienes  
un papá mago...**

Ilustraciones de Avi





Había una vez un niño que,  
cada mañana,  
dejaba un sueño a medias.



Primero saltaba sobre la cama,  
y luego, fuera de la cama.

Se vestía tan deprisa  
que se equivocaba  
al ponerse un calcetín.

A punto estaba  
de lavarse las manos...,  
pero decidía que la izquierda  
no estaba sucia.



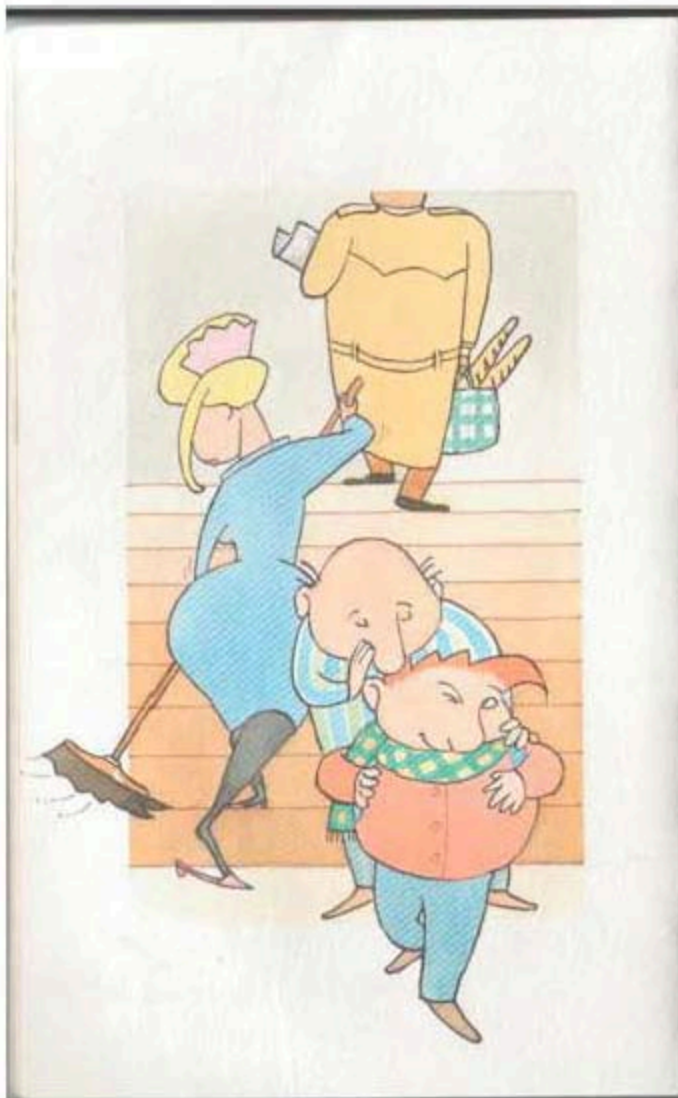
Luego,  
salía patinando por el pasillo.

En fin,  
Chiqui hacía,  
ni más ni menos,  
lo de todos los días.

Y es que,  
cuando papá esperaba  
en la puerta,  
no había que retrasarse.

Sobre todo,  
si se trataba de un papá mago.  
Como el suyo.



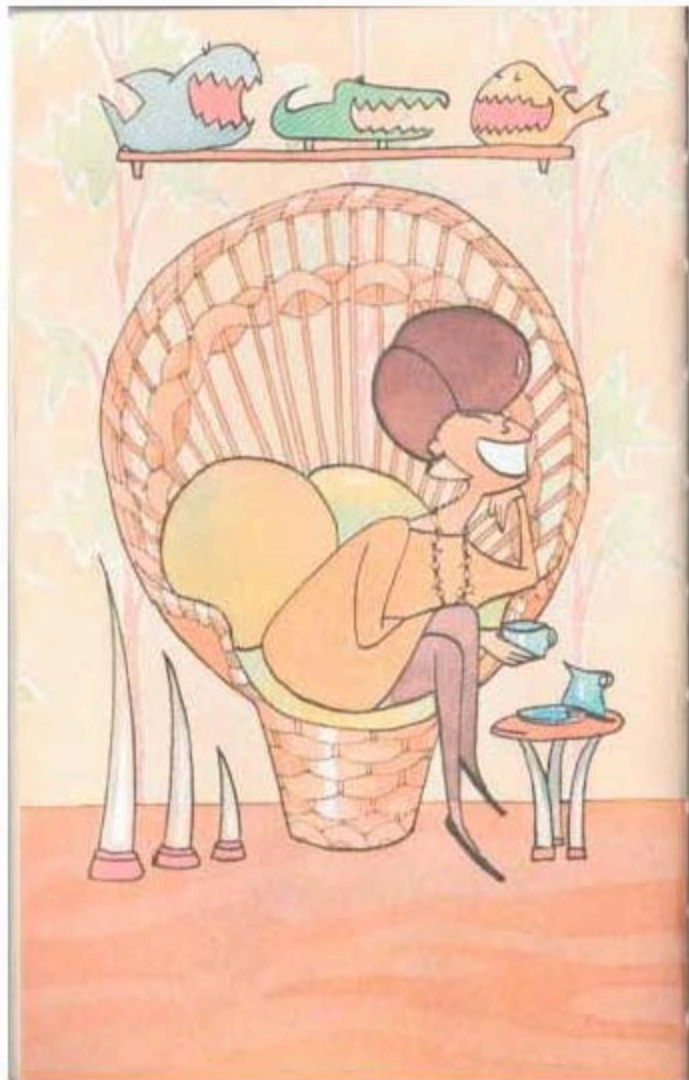


Era un mago muy especial que,  
siempre,  
le despedía  
con un regalo maravilloso.

Le daba unas palabras.  
Pero no unas palabras  
de ésas del montón.  
Eran palabras mágicas.

Chiqui le guiñaba un ojo  
y las guardaba  
en su bolsillo secreto.

Así, cada mañana,  
emprendía el camino del colegio.



Primero pasaba  
por la casa de Mijito.

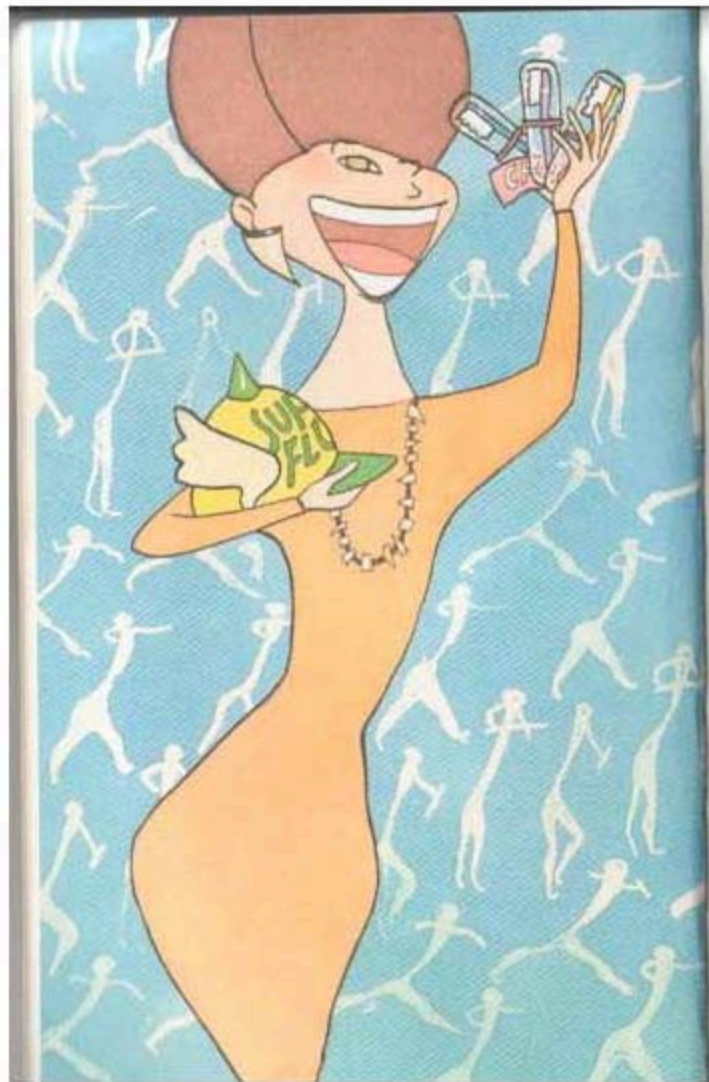
La mamá de Mijito  
también le acompañaba  
hasta la puerta.

Pero como no era maga,  
sino dentista,  
no le daba palabras mágicas.  
Le daba palabras dentales.



—¡Mijito, lávate los dientes  
antes y después de comer!  
¡Y mientras masticas también!  
¡Y ni se te ocurra  
mordisquear el lápiz!  
—le decía.





Luego,  
le daba un cepillito azul,  
uno morado  
y uno amarillo.  
Y, además, una pegatina  
en la que ponía:

LOS CHICLES SON UN ASCO

Y una gorra,  
que tenía escrito  
con grandes letras bordadas:

SUPERFLÚOR AL ATAQUE



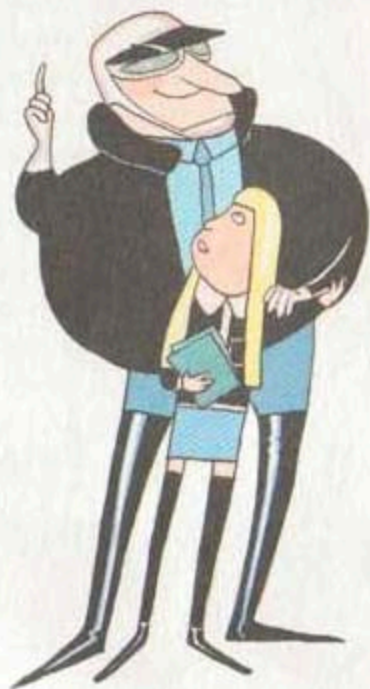
Chiqui miraba a su amigo  
con gesto divertido.

Pero su amigo le miraba  
con cara de dolor de muelas.

Entonces,  
Chiqui se ponía la mano  
en el pecho,  
donde tenía el bolsillo  
de las palabras mágicas.  
Y sonreía a Mijito  
con tantas ganas,  
que lo malo  
ya no parecía tan malo.

Al fin,  
se iban los dos juntos  
hacia el colegio.





Doblaban la esquina  
y hacían la segunda parada.  
Era la casa de Nenitalinda.  
Su papá la acompañaba  
a la puerta,  
igual que el suyo.

Peró como no era mago,  
sino guardia de tráfico,  
no le daba palabras mágicas.  
Le daba palabras guardianas.

—¡Nenitalinda,  
antes de cruzar la calle,  
mira a la izquierda  
y a la derecha!  
¡Y arriba y abajo!  
¡Y adelante y atrás!  
—le decía.





Luego,  
le daba una mochila  
con bocina incorporada,  
luces rojas  
que se encendían y apagaban  
y espejito retrovisor.

Además,  
le daba un silbato,  
que al soplar anunciaba:

ESTOY CRUZANDO,  
ESTOY CRUZANDO...

Chiqui miraba dentro  
de su bolsillo secreto,  
cerca del corazón,  
allí donde guardaba  
las palabras de su papá mago.

Luego,  
atravesaba la calzada  
con paso seguro y tranquilo.

Nenitalinda le miraba  
con cara de semáforo averiado.  
Pero él cogía a su amiga  
de la mano  
y lo malo  
ya no parecía tan malo.

Al fin,  
los tres amigos seguían  
camino del colegio.





Una manzana más arriba  
vivía Campeón.

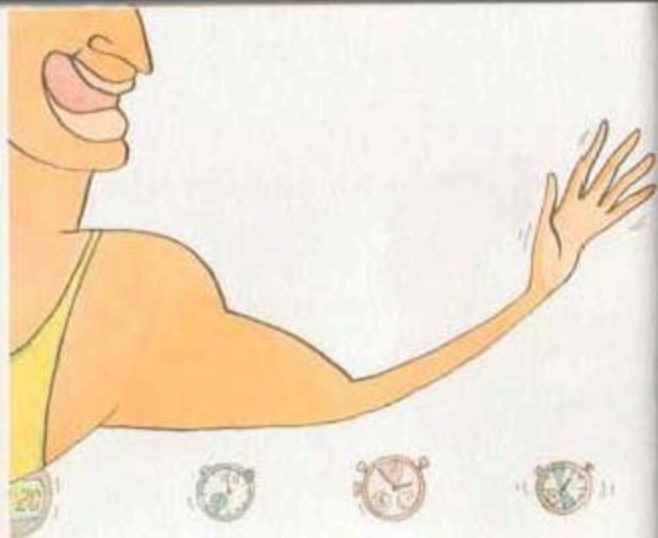
El papá de Campeón  
también salía a despedirle,  
como los demás.



Pero como no era mago,  
sino corredor olímpico,  
no le daba palabras mágicas.  
Le daba palabras rápidas.



—¡Campeón!  
¡Date prisa!  
¡No pierdas tiempo!  
¡Llega el primero!  
¡Adiós, adiós!



Además,  
le daba veinte cronómetros,  
unas botas  
con motor en los talones  
y una medalla  
en la que estaba escrito:

SOY EL MEJOR...  
DESPUÉS DE MI PAPÁ





Chiqui se reía despacito.  
Pero a Campeón se le ponía  
cara de carrera perdida.

Entonces,  
Chiqui recordaba  
las palabras mágicas  
que llevaba en el bolsillo.  
Daba un abrazo a su amigo  
y lo malo ya no parecía tan malo.



Al fin,  
ya eran cuatro amigos  
camino del colegio.





Hasta que llegaban  
a una casa enorme  
con enanitos en el jardín.

36





La mamá y el papá de Tesorito  
abrían la puerta  
y despedían a su hija.

Pero como no eran magos,  
sino ricos,  
no le daban palabras mágicas.  
La verdad,  
no le daban ninguna palabra  
porque pensaban que Tesorito  
ya tenía de todo.

Chiqui miraba a su amiga  
con cara muy seria.

Tesorito miraba a Chiqui  
con cara de banco asaltado.

Chiqui volvía a asegurarse  
de que sus palabras mágicas  
seguían allí.



Le daba la otra mano a su amiga  
y lo malo  
ya no parecía tan malo.

Al fin,  
la pobre se unía al grupo  
y se iban todos al colegio.



Un buen día,  
a la salida de clase,  
todos rodearon a Chiqui.

Formaban un curioso círculo:  
una cara de dolor de muelas,  
una cara de semáforo averiado,  
una cara de carrera perdida  
y una cara de banco asaltado.  
Y en el medio,  
una cara serena y alegre.

Los niños no aguantaban más.  
Querían saber  
el secreto de Chiqui.





A ver:  
¿Por qué Chiqui  
nunca ponía cara  
de conejo hechizado?  
¿Eh?

¿Qué palabras mágicas eran esas  
que le daba su papá mago?  
¿Eh?

—¿Te dice  
MagiChiqui,  
magitoma  
estas magichachi magipalabras  
y te irá de magimaravilla?



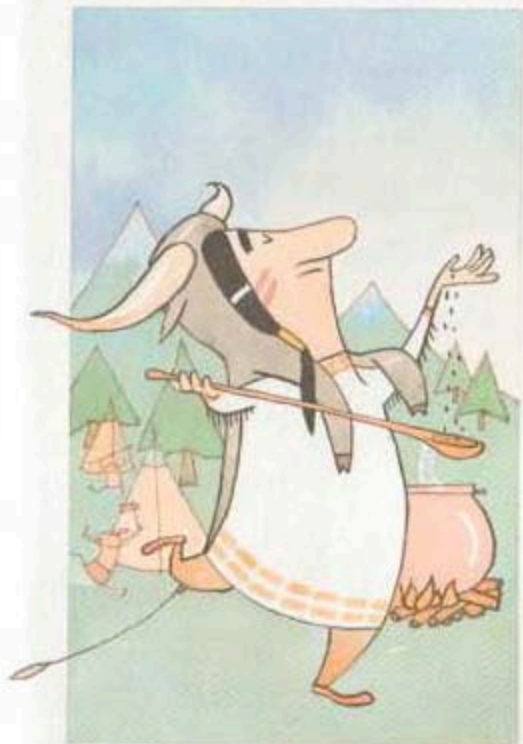
—¿O abra la cabra  
que labra macabra  
a la sombra de la pata?





—¿Y, luego,  
te echa zumo pue delotodo  
en la cabeza?

—¿O una pócima  
de carcajadas de rana,  
alegría de león  
y fuerza de búfalo?





—A lo mejor,  
te da en la nariz  
con una varita  
y te deja turulato  
y te crees que él es un mago,  
pero no lo es...

—Es un cuento chino.

—Eso, tu papá es japonés.

—No, seguro que es oficinista.

—Entonces,  
le dará palabras oficinistas.

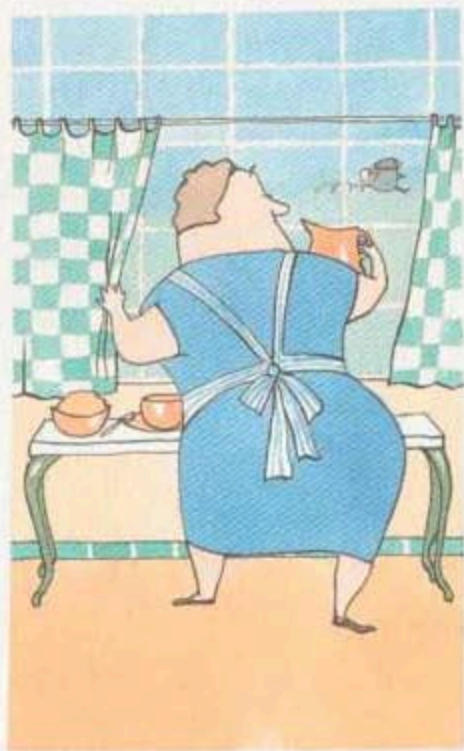
—¿Y ésas cómo son?



Y bobada va,  
bobada viene,  
pasaron una tarde bobísima.

Como tanta bobería  
cansa bastante,  
Chiqui se marchó a casa.  
Los otros niños  
se quedaron murmurando.  
Hasta que se les ocurrió un plan:  
—Mañana vamos nosotros  
a buscar a Chiqui.  
—Y le espiamos.  
—Y descubrimos  
las palabras mágicas.  
—Y les decimos  
a nuestros padres  
que las aprendan.  
—O que las compren.  
—O que las cocinen.





Por la mañana,  
Mijito,  
Nenitalinda,  
Campeón  
y Tesorito  
saltaron de la cama  
más temprano que nunca.

Se vistieron en silencio  
y se escabulleron  
sin despedirse  
de nadie.



Tal como habían acordado,  
se encontraron  
frente al portal de Chiqui.

Agachados detrás del seto,  
esperaron.



Enseguida,  
aparecieron los dos:  
Chiqui y su papá mago.  
Y Chiqui le pidió,  
ni más ni menos,  
lo de todos los días:

—Papá, no te olvides de darme  
las palabras mágicas.

Entonces,  
su papá le dio una vuelta  
por el aire  
y un montón de besos.



Y, además, le dijo:

¡CHUQUI,  
QUE TENGAS UN DÍA FELIZ!



Los niños vieron una ráfaga  
de estrellitas de colores  
volando alrededor de Chiqui.

Una a una,  
se metieron  
en su bolsillo secreto.  
Ese que queda  
muy cerca del corazón.

